

El Obispo de Orihuela-Alicante

13, abril, 2004

Jornada Mundial de Oración por las vocaciones 2, mayo, 2004

Queridos hermanos y hermanas:

Era una mañana de Pascua. La noche había sido un fracaso absoluto. ¡No!. No habían pescado nada, respondieron desde la barca a quien les preguntaba desde la orilla. Pero el banco de peces estaba allí mismo. Jesús se lo hizo descubrir.

Y en aquella mañana de enorme esperanza, Jesús volvió a pronunciar una palabra interpelante, portadora de libertad, nacida del amor: “*¡Sígueme! ¡Tú sígueme!*”. Y así termina el Evangelio de S. Juan.

Queridos hermanos: Para toda la Diócesis, en todas las comunidades, nuestro Plan Diocesano hace una propuesta urgente: *Orar*. Encontrar a Jesucristo en la oración tener la sorpresa del encuentro con Él, orando, escuchando, admirando. *Ofrecerse* es también un modo de orar y de encontrarse con Jesús.

En el domingo IV de Pascua, domingo del Buen Pastor, desde hace cuarenta y un años, se celebra esta *Jornada mundial de oración por todas las vocaciones*. Os hago un breve comentario.

Primero. Es *Jornada de oración*, porque es encargo expreso de Jesús, que nos sabemos. “*Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies*” (Lc 10,2). El Señor dice claramente que la vocación no se gana, ni se merece. Es don de Dios. Es don enteramente misterioso.

La mayor oración es la Eucaristía. De ella vive la Iglesia. Y es la oración ante el Santísimo Sacramento, con la adoración ferviente, común, hecha en muchas partes, por todos. En muchas comunidades se ha recuperado el *jueves sacerdotal* cada semana.

La oración en el Seminario y en las Casas de formación de las comunidades religiosas y misioneras.

La oración de los niños en la catequesis y de los jóvenes en vigiliias sinceras. La oración apreciada de los enfermos, oración acompañada del dolor ofrecido.

La oración de las familias. Llamo con urgencia a las familias creyentes; sois “iglesias domésticas”; sois semillero de la vocación. Son los padres los que ofrecen a Dios sus hijos. Muchos de nosotros tenemos ese recuerdo gozoso de nuestros padres.

Un clamor de muchos corazones ha de llegar al Padre, Dueño de la mies, por Jesús y en la comunión que nos da el Espíritu. Y con la intercesión de Santa María, con tantos nombres invocada en nuestra Diócesis.

Con la oración también de los sacerdotes, religiosos y religiosas diocesanos mártires, beatificados, con el recuerdo de D. Diego.

¡Señor, envíanos obreros!

Segundo. La oración y petición, la acción de gracias anticipada es por *todas las vocaciones*. Hago una lista sucinta, repasando la vida de nuestra Diócesis: Recuerdo con gozo a los sacerdotes y seminaristas, a los religiosos y religiosas, que viven con nosotros, a las contemplativas, a las comunidades de sociedades de vida apostólica, a las vírgenes consagradas, a los miembros de institutos seculares, a los misioneros y misioneras. De estos últimos os hablé el domingo pasado, en la Jornada del Misionero Diocesano.

Es generoso el Señor con nosotros. Es la riqueza del Espíritu, que nos alienta con ministerios y carismas, para servicio del pueblo cristiano, su santificación, para servicio de los pobres y marginados.

Tomad conciencia honda de que no hay respuestas a las llamadas ciertas del Señor. Caed en la cuenta de las vallas persistentes que se oponen a que llegue la llamada, o a que encuentre un eco generoso y una respuesta con gozo.

Como una semilla, la vocación se la descubre, se cuida y se cultiva, se la acompaña con esperanza y paciencia. Campo apropiado es la familia, la escuela, la catequesis, el grupo de jóvenes, los movimientos apostólicos, y el Papa en su carta del Jueves Santo ha tenido el detalle de recordar con ilusión a los *monaguillos*. He de decir que también al desierto o al campo yermo llega la llamada de Dios.

Rezad también por los que hemos recibido la vocación. El Señor nos habla de fidelidad, de permanecer con Él, de seguirle a pesar del aire en contra. El nos habla de audacia, coherencia y santidad.

Tercero. Como hace el Papa, os reclamo la oración, a vosotros, los llamados. No es momento de lamentos. Hay una voz que nos susurra esperanza; que la pobreza agrada a Dios y nuestro servicio sincero a los pobres; como la generosidad y la vida verdadera y honda. No es imaginable la Iglesia sin la vocación de consagración. Algo quiere de nosotros el Señor. Y lo que quiere es confiar en Él y el testimonio de gozo de una "heredad que nos encanta".

Disculpad la dimensión de mi carta. Responde a mi preocupación y también a mi esperanza. Quiero entender que el Señor me habla de Pascua, de primavera.

Termino mis letras con un saludo y recuerdo muy agradecido a los padres de nuestros sacerdotes y seminaristas, de los religiosos y religiosas, de los novicios y novicias, de los misioneros. Con ellos deseo reunirme ese domingo, y los espero.

Vuestro hermano